REPUBLICA DE COLOMBIA

REVISTA DE LA ACADEMIA COLOMBIANA de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales

PUBLICACION DEL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

SECCION EDITORIAL

NOTAS DE LA DIRECCION

CONCEPTOS DE LA PRENSA PERIODICA SOBRE LA APARICION DE ESTA REVISTA

Con ocasión del primer número de esta publicación, la prensa de la capital de la República apresuróse a elogiar la labor que ha iniciado la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físico-Químicas y Naturales contando con el concurso valiosísimo del Ministerio de Educación. Y, con rara unanimidad de criterio, esa prensa ha hecho notar que tal labor constituye una necesidad nacional, siendo su feliz iniciación una nueva etapa en la marcha progresiva del país hacia la posesión de elementos de más alta cultura.

Así díjolo "El Tiempo" del 24 de diciembre, próximo pasado, en su sección editorial y en frases admirables, de acierto y atildado estilo, y así hanlo confirmado "El Espectador", "La Razón" y otros diarios prestigiosos, como se ve en los escritos que a continuación reproducimos.

En su artículo editorial se expresó "El Tiempo", titulándolo "La vuelta a las ciencias", de esta suerte:

"Acaba de aparecer el primer número de una revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, publicada por el Ministerio de Educación Nacional, bajo la dirección de Jorge Alvarez Lleras y Víctor E. Caro, Antonio María Barriga Villalba, Luis Cuervo Márquez y Calixto Torres Umaña, quienes forman el Comité de redacción. Viene esta revista a llenar un vacío dentro de la muchedumbre de revistas que se están editando en Colombia. Las ciencias no han tenido hogar en Colombia desde hace ya muchos años. Nosotros rompimos la tradición de la Misión Botánica y la de la Comisión Corográfica, con grave daño para los intereses nacionales y con mengua evidente para nuestra cultura. La Universidad se redujo a los más estrictos menesteres profesionales, sólo buscó la formación del abogado que supiera interpretar el código, del ingeniero que manejara el teodolito, del médico que trabajara con el bisturí, sin tener la más leve ambición de ciencia para los altos estudios. Este vivir ceñido a lo que en el terreno de las ciencias no es sino menester de artesanos y oficiales menores, es lo que ha mantenido paralizada la explotación misma del país. Nosotros hemos escrito una activa historia política de la República, pero hemos olvidado la Historia Natural. Hemos progresado en las ciencias políticas, conocemos bastante de lo que se ha escrito sobre estas materias en otros países, pero a pesar de esfuerzos tan meritorios y tenaces como los que realizan algunos beneméritos investigadores, como el doctor Pérez Arbeláez, para no citar sino un nombre, la inmensa mayoría sigue ignorando totalmente las ciencias naturales, para las cuales ni siquiera existe todavía una casa de estudios, y con esta ignorancia hemos ignorado, conjuntamente, al país en donde vivimos y trabajamos. El destino de la ciencia pura es el de iniciarse en lo que aparentemente no reporta utilidad, y en lo que de hecho no trae bienes inmediatos. Pero, en último término, es ella la que le viene a dar la mano a los pueblos, y a iniciarlos en sus verdaderos caminos de redención".

"Con la Academia de Ciencias, que data de 1933, y con su revista, brillantemente iniciada ahora, se viene a salvar ese descuido imperdonable. Esta revista viene buscando un eslabón donde enlazarse, a tocar en la obra de Mutis. La obra de Mutis jamás será elogiada como se lo merece, ni se ha penetrado en sus consecuencias históricas para señalarle a los colombianos las proyecciones maravillosas que un movimiento científico puede tener en el desarrollo de un país. No es asunto ocasional el que en la escuela de Mutis se hu-

bieran formado los precursores de la independencia neogranadina. Y hemos tenido la oportunidad de mostrar en ocasión anterior, desde estas mismas columnas editoriales, cómo la independencia fue una obra de las ideas liberales. Esas ideas liberales, esa filosofía francesa que tuvo su decálogo en los derechos del hombre, fueron el punto de que se sirvieron los primeros legisladores revolucionarios. Y las ideas liberales se introdujeron a la Nueva Granada precisamente con los sabios enviados al país por Carlos III, que llegaron aquí como a los demás puntos de América, y cuyo exponente más brillante entre nosotros fue don José Celestino Mutis".

"La reacción universitaria que provocaron en el Colegio del Rosario las lecciones del sabio gaditano; la perentoria exigencia que, a causa de las enseñanzas del maestro, formularon luégo Caldas y Camilo Torres en el sentido de que se abandonaran las estériles enseñanzas de una filosofía hecha a base de abstracciones para entrar por el camino de la experimentación y del estudio de las riquezas naturales de la Colonia, son la llama que alumbró a los patriotas en el camino de las rebeldías. Las ciencias naturales enseñaron a los neogranadinos a volver los ojos sobre su propia patria, les dijeron cómo era infinitamente más fecundo el estudio del reino natural en que vivían que el de los mismos reinos celestiales, a que se hallaban desde luego abrazados por la fe de sus padres. Ese reino natural, para Caldas, para Torres, para Zea, para los Lozanos, fue también un reino humano. Ellos empezaron a ver a sus semejantes, a sus prójimos, a sus compatriotas bajo una luz nueva. Y del laboratorio universitario pasaron a la lucha en los propios campos de batalla, siguiendo una lógica tan natural y sencilla que era como un mismo acto el inclinarse a reconocer las propiedades de las plantas o el poner el oído sobre el corazón de los indios".

"Por extraña que parezca, la relación que existe entre la Misión Botánica y la formación de la República es íntima y estrecha. Por ignorada que haya sido, es imposible negar la relación que existe entre el renacimiento de las ciencias en España y la formación del liberalismo europeo, introducido a la Madre Patria por Carlos III. Al perder nosotros la tradición de la Misión Botánica, al dejar de mano el estudio de nuestra propia naturaleza, para internarnos en el azaroso camino de las guerras civiles, perdimos de vista la claridad que guió los primeros pasos de la República, y la llama que vivificó la nacionalidad cuando empezaba a formarse para la vida independiente. Volver sobre la pauta de esa tradición perdida, es volver a tener conciencia de lo que somos y a buscar una explicación de nuestro destino".

"Parece apenas verosímil que una obra tan delicada y perfecta, tan pulida y tan viva en el fervor de quienes la hicieron, como la de la Misión Botánica, hubiera rodado sordamente en el olvido, hasta el extremo de que hoy se descubren en las viejas colecciones españolas los dibujos que se hicieron por los maestros de la Misión Botánica, como si fuesen maravillas de arqueología. En vísperas de la actual revolución española, ese grande amigo de Colombia, por el vínculo del amor a las ciencias naturales, que se llama José Cuatrecasas, había emprendido la labor maravillosa de editar en láminas de colores los dibujos de la escuela de Mutis. Son láminas que honrarían a los más hábiles coloristas y dibujantes botánicos de Inglaterra y que no tienen rival en su género, después de siglo y medio de haberse hecho. En realidad, parece como si, al ver esas láminas, volviéramos de un largo sueño para recobrar el sentido de nuestro paisaje, de nuestro reino, de nuestra naturaleza".

"Para nosotros es un signo feliz, el mejor de los augurios, ver en el índice de la revista de la Academia Colombiana de Ciencias mezclados los nombres de Mutis y de Cuatrecasas, con los de quienes ahora pueden señalarse como los continuadores de la obra de nuestros primeros sabios —de Matiz, de Valenzuela, de Triana, de Cortés, de Zerda, de Garavito. Los nombres de quienes figuran en la sección de trabajos de la primera entrega de la nueva revista —Lleras Acosta, el Hermano Apolinar María, Cuervo Márquez, Sarasola, Luis María Murillo, Barriga Villalba, Víctor Caro— nos están indicando que otra vez se forma calor de hogar científico en esta segunda Nueva Granada, bajo el signo de un régimen que va, como el de hace siglo y medio, abriendo los telones para dejar a la vista el escenario de la ciencia".

Con la misma fecha, 24 de diciembre, "El Espectador" se expresó así:

"Bajo la dirección del profesor Jorge Alvarez Lleras, y como publicación trimestral del Ministerio de Educación Nacional, acaba de aparecer la Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, correspondiente de la española".

"Esta es una publicación de carácter puramente científico, con un material seleccionado cuidadosamente, y con una admirable y pulcra presentación tipográfica".

"Este primer número de la revista trae extensos e interesantes estudios sobre las especies colombianas del género *Calosoma Weber*, por el Hermano Apolinar María; un estudio sobre las nubes y la circulación de las corrientes en Bogotá, por el Padre Simón Sarasola, S. J.; un artículo sobre valles y lagos de la Cordillera Oriental, por el doctor Luis Cuervo Márquez; un resumen de las investigaciones sobre el bacilo de la lepra, por el profesor Federico Lleras Acosta; conceptos generales sobre la Entomología económica y los servicios de sanidad vegetal, por el doctor Luis María Murillo; observaciones geobotánicas en Colombia, por José Cuatrecasas. Y, además, una explicación preliminar a los trabajos de Garavito, por Jorge

Alvarez Lleras; la teoría de la aberración de la luz, por Julio Garavito Armero; consecuencias de un teorema de Descartes, por Víctor E. Caro; la tensión arterial, por Antonio María Barriga Villalba y otras notas y apuntes sobre los temas científicos más importantes de actualidad".

"La Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales es una publicación que viene a llenar una necesidad en el periodismo nacional, ya que vendrá a servir como vehículo para la difusión de todos nuestros descubrimientos científicos y para el debate de las cuestiones de laboratorio".

Y con fecha del 2 de enero del año en curso "La Razón" agregó, en frases de estricta justicia y con oportunidad y acierto innegables, lo siguiente:

"La aparición de revistas de carácter científico en Colombia es acontecimiento inusitado, casi milagroso. Publicaciones ha habido siempre en el país, unas de escasa vida y honda proyección, otras de existencia empedernida y consecuencias nulas para la cultura; pero revistas propiamente científicas no las había en Colombia desde hace unos cincuenta años. De allí que la aparición de la "Revista de la Academia de Ciencias Físicas, Naturales y Exactas", publicada por el Ministerio de Educación Nacional, nos haya sorprendido en altísimo grado".

A esto agregó en seguida "La Razón" para terminar la expresión de sus conceptos sobre este punto:

"Si la fatalidad que se abate sobre publicaciones de esta índole no acaba con ellas, dentro de poco tiempo se podrá volver a hablar con orgullo de una ciencia colombiana, como en los venturosos días de la Expedición Botánica. Ya era tiempo, por otra parte, de que se iniciase aquí un movimiento serio hacia cierta clase de disciplinas mentales completamente olvidadas en el país. La literatura y sólo la literatura, tenía monopolizada la escasa atención del público y el trabajo de las imprentas; y si bien es cierto que estas faenas honran a un país y elevan el nivel espiritual del pueblo, no lo es menos que la carencia de un movimiento científico, por modesto que sea, significa para una nación una deficiencia que suele cobrarse caro por los países empeñados en negar el adelanto cultural de otros pueblos".

"Nosotros hemos vivido aislados, en parte, porque no hemos tenido nada que ofrecer a los de afuera, y en parte, porque el Estado poco o nada se ha preocupado por estas cuestiones. Pero ahora que se inicia una tan marcada reacción en favor de las publicaciones serias, es necesario probar que Colombia no es sólo semillero de políticos o de poetas medianos, sino tierra propicia para el florecimiento de las ciencias. No hay que ser pesimistas al respecto. Si no podemos hablar de un movimiento científico, en el verdadero sentido de la palabra, sí podemos exhibir una docena de hombres cultos, serios y estudiosos, que pueden sacar al país del absoluto anonadamiento en que ha vivido. Sólo que estos hombres han estado hasta hoy abandonados del público o suplantados por la flamante e imperante fauna de los políticos".

Ciertamente, poco tuviéramos que agregar a los anteriores conceptos, que agradecemos como es debido, si no fuera del caso recordar que ya en tiempos coloniales, el Arzobispo-Virrey de la Nueva Granada, doctor Antonio Caballero y Góngora, en su "Relación de Mando", se atrevió a decir, hablando de un nuevo plan educativo para la Colonia:

"Todo el objeto del plan se dirige a sustituír las útiles ciencias exactas en lugar de las meramente especulativas, en que hasta ahora lastimosamente se ha perdido el tiempo. Porque un reino lleno de preciosísimas producciones que utilizar, de montes que allanar, de caminos que abrir, de pantanos y minas que desecar, de aguas que dirigir, de metales que depurar, ciertamente necesita más de sujetos que sepan conocer y observar la naturaleza y manejar el cálculo, el compás y la regla, que de quienes entiendan y discutan el ente de razón, la primera materia y la forma sustancial".

* * *

OPORTUNIDAD DE LA LABOR QUE INTENTA ADELANTAR ESTA REVISTA

Si quisiéramos comentar a espacio los admirables conceptos de Caballero y Góngora, expuestos hace dos siglos, y los novísimos de la prensa de ahora, que acabamos de copiar en parte, relativos a la obra de cultura que puede y debe ejecutar la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, menester habríamos para ello de un volumen extenso, pues el tema es vasto de por sí y la historia del país nos daría elementos innumerables para demostrar objetivamente cuánta ha sido la responsabilidad que cabe a los Gobiernos que se han apartado de las normas trazadas por los escasos políticos de valía que nos han hablado en este sentido y han querido librarnos del tropicalismo que aún nos aflige y nos ha afligido en épocas pretéritas.

Porque este tropicalismo, que hasta cierto punto nos llevó durante el primer siglo de la República, a las contiendas civiles sin razón y sin objeto, contiendas que constituyen el meollo de nuestra historia política, se debe achacar en primer término a la falta de una preparación científica seria y bien extendida, tal como la quiso el Arzobispo-Virrey.

Si esa cultura se hubiera fomentado desde la feliz iniciación de la Expedición Botánica, según lo ha insinuado admirablemente el editorialista de "El Tiempo", está claro que una orientación serena y reposada y la explotación científica de nuestro rico territorio, nos hubieran hecho, durante el curso del siglo XIX, una nación floreciente, seria y bien organizada.

Empero, tal vez no es tarde para enmendarnos y para entrar en la preparación técnica que necesitamos indispensablemente, ahora, cuando el progreso material moderno nos empuja de modo irresistible y el Gobierno, al comprenderlo así, se propone renovar el ambiente universitario, mejorando y extendiendo la cultura superior por todos los ámbitos del país.

Mas como la obra universitaria en este sentido no habrá de ser suficiente, conviene insistir en que la intervención académica, coadyuvando a ella, debe considerarse elemento indispensable.

Para respaldar este concepto, queremos valernos de las palabras elocuentes del político español don Mariano Roca de Togores, Ministro de Isabel II y fundador de nuestra Academia matriz, quien proponiendo oficialmente la fundación de este Instituto, dijo así:

"En breve, estarán las Universidades dotadas de los medios necesarios para cultivarlas, y de esperar es que entonces sea su desarrollo tan rápido como provechoso; pero, aun así, cree el Ministro que suscribe, que es indispensable acudir a otros medios no menos eficaces, que en países extranjeros han contribuído poderosamente al engrandecimiento de aquellas ciencias y a la importancia de sus aplicaciones de toda especie".

"Porque no bastan los esfuerzos aislados de los sabios que a tales estudios se dedican, para recoger los opimos frutos de un campo tan vasto, que en él se pierde la inteligencia humana, sino que es necesario que aquéllos se reúnan para conferenciar entre sí, comunicarse sus observaciones, auxiliarse mutuamente, y, por último, establecer extensas correspondencias con los sabios y las Corporaciones más eminentes del orbe, a fin de que este inmenso comercio de ideas y descubrimientos difunda el saber por todas partes y acrezca el tesoro de la ciencia con los tributos que todos le lleven a porfía. Si las Sociedades puramente literarias han hecho grandes servicios, no les ceden las científicas en utilidad e importancia, y aun pueden aventajarlas, porque el estudio de la naturaleza requiere, más todavía que el de las lenguas y otras ciencias, los esfuerzos reunidos de muchos hombres que se dediquen de consuno a arrancarle sus secretos".

"Por tanto, se han creado y multiplicado en todos los países cultos las Sociedades consagradas al cultivo de las Ciencias Naturales, y las primeras capitales de Europa se envanecen de que, a la sombra protectora de sus gobiernos, hayan hecho inmensos trabajos y adquirido justo renombre".

* * *

DE LA MANERA COMO HABRA DE CONTINUARSE ESTA REVISTA, DENTRO DE LOS PROPOSITOS DE LA ACADEMIA

En el primer número de nuestra publicación periódica se explicó por qué motivo la obra de Garavito iba a incluírse íntegramente en estas páginas, y por qué circunstancia se consideraba conveniente la reproducción de algunos dibujos del botánico don Santiago Cortés. Ahora queremos hacer notar que uno de los prospectos más interesantes de nuestro Instituto contempla la necesidad de revivir para las actuales generaciones, la labor científica admirable de aquellos colombianos que pertenecen a la Historia, y cuyos nombres talvez se hayan olvidado ya por el gran público.

De entre estos nombres, que habrán de figurar en las páginas presentes, destacamos el del sabio botánico don José Triana, cuya personalidad científica fue bien apreciada en la Europa de su época, el del filólogo y naturalista don Ezequiel Uricoechea, el del matemático don Lino de Pombo, el del geógrafo General Joaquín Acosta, el del ilustre médico doctor Liborio Zerda, el del bacteriólogo y físico doctor Juan de Dios Carrasquilla, el del geólogo don Tulio Ospina y los de algunos más de matemáticos, físicos, químicos y naturalistas que han enriquecido la bibliografía científica colombiana con páginas de verdadero mérito.

Y esto se habrá de hacer porque al lado de los trabajos de ahora es necesario, como sano cultivo a la tradición, que aparezcan los de nuestros maestros, y que ellos queden resumidos en estas páginas para la historia del futuro.

Frecuentemente ha sucedido que nuestros historiadores —que no olvidan ni insignificantes detalles relativos a hombres públicos nuéstros: prestigiosos militares, políticos de renombre, escritores y poetas de fama— dejaron en la penumbra, y a veces en plena oscuridad, a servidores de la Patria que la ilustraron con su ciencia en la cátedra retirada, en el silencio de los laboratorios o en las bibliotecas y museos. Y hasta ha ocurrido, con figuras como la del sabio Caldas, cuyo nombre ha resonado desde la epopeya de nuestra independencia por todos los ámbitos del país, que al ser conocidos lo deben a sus hechos guerreros o a sus influencias políticas o sociales, nunca a sus méritos científicos.

Así, por ejemplo, en el caso de Caldas, es difícil saber si los historiadores que se han ocupado de su figura histórica de prócer y mártir de la Patria, comprendieron jamás cuál fue la importancia de su labor en el campo de la Física, o siquiera supieron a ciencia cierta en qué consistió ella.

A remediar tal deficiencia, para que nuestra juventud pueda comprender que en el pasado Colombia ha contado con hombres de verdadero mérito científico, tiende el propósito firme de esta Revista de incluír en sus páginas los nombres todos de colombianos que en alguna circunstancia recorrieran el territorio patrio, observaran su fauna y su flora, descubrieran sus bellezas naturales, explotaran los filones de sus minas, trazaran sus horizontes geológicos, midieran la extensión de sus llanuras o la altura de sus montañas, analizaran en los laboratorios los productos de su suelo, o ilus-

traran a sus compatriotas en los progresos de las matemáticas y sus aplicaciones.

Obrando de esta suerte creemos, como lo dijo "El Tiempo" en el editorial transcrito atrás, que establecemos un vínculo estrecho entre la ciencia del pasado y los trabajos del presente, entre nuestros maestros y sus discípulos.

* * *

DE LA SERIEDAD CON QUE SE HABRAN DE PRESENTAR SIEMPRE LOS TRABAJOS DE ESTA REVISTA

Y como se trata de una publicación oficial encargada de presentar decentemente ante el extranjero nuestra escasa pero inteligente producción científica, de fomentar los estudios serios entre nosotros y de crear un ambiente en nuestro país propicio para la investigación, queremos dejar constancia clara de que en las páginas de esta Revista jamás se abusará del elogio exagerado o del tropicalismo y el ditirambo, ni, mucho menos, se prestará campo para la adulación que rebaje su carácter de órgano absolutamente serio e imparcial de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, la cual no hace distingos políticos ni se preocupa por intereses regionales. De esta suerte habremos de cumplir fielmente en las páginas que dirigimos, la recomendación aprobada unánimemente por nuestro Instituto, a moción de dos salientes personalidades que ya dieron al país lustre y prestigio, los doctores José Joaquín Casas y Luis Cuervo Márquez.

Tal recomendación dice que nunca habrán de publicarse en la Revista retratos de personas que aún vivan, ya pertenezcan a la Academia o no, para consagrar raramente este honor sólo a altas cumbres de la ciencia reconocidas por la Historia.

En esta forma y prescindiendo también de biografías y exposiciones que suenen a mercenario elogio, habráse de mantener siempre esta publicación en una región elevada y serena, a donde nunca alcancen la necia emulación, el bajo interés o la mala fe.

J. A. Ll.